

# La miranda

PÁGINAS DE CULTURA

[lamiranda@epi.es](mailto:lamiranda@epi.es) - [blog.diariodebiza.es/lamiranda](http://blog.diariodebiza.es/lamiranda)

Nº 56



## Los años 50 de Torres Andiniá

Hasta el próximo viernes 22 de mayo, la sala de cultura de Santa Eulària acoge una muestra de fotografías de José Torres Andiniá, uno de los fotógrafos ibicencos más destacados. 'L'Eivissa dels anys 50' reúne un notable conjunto de imágenes que hoy pertenecen al Museu d'Etnografia d'Eivissa y en las que se muestran aspectos del paisaje y la gente de la isla de aquellos años. Una exposición de un gran fotógrafo.

**Pág. 33**

# Cine, teatro y ópera en la era digital

HELENA TUR

■ La Universitat de les Illes Balears acaba de editar 'Estètica i noves tecnologies', libro corredactado por Mateu Cabot, Pau Frau y Xavier Cerdà. Este ensayo empieza recordando la constatación que ya hiciera Paul Válerly en 1928: «Ni la materia, ni el espacio ni el tiempo son desde hace veinte años lo que eran desde siempre», palabras con las que el escritor francés quiso hacer notar hasta qué punto la aplicación de las tecnologías, en aquel primer tercio de siglo, influían en el modo humano de entender algo que, hasta entonces, parecía inamovible.

También Walter Benjamin en 1936 nos llamó la atención al hablar sobre la época de la reproductibilidad técnica, aunque centrado este texto en la obra de arte. El alemán nos hizo notar que los cambios y los nuevos procesos de producción y distribución no sólo afectaban a la velocidad, al menor coste o la amplificación de la recepción, sino que ellos implicaban un cambio radical en la esencia del producto: ahora había algo distinto, y este algo distinto no podía entenderse si aplicábamos las categorías clásicas con las que siempre se había hablado de arte. Es decir, la modificación que aportan las nuevas tecnologías al producto artístico no es sólo cuantitativo, sino también cualitativo.

Si avanzamos por el siglo en que esto fue alertado hasta llegar al actual, observamos que otras y más nuevas tecnologías han logrado hacer tiempo su auge y que la esfera audiovisual que nos rodea ya no se concibe sin ellas. Si Benjamin se refería sobre todo al cine y la fotografía, Cabot, Frau y Cerdà han centrado su trabajo en el cine, el teatro

y la ópera. Sin embargo, los tres autores comparten un punto de partida: el de la teoría crítica. Los mecanismos que usa el nuevo arte de masas son los mismos que sirven a la llamada «cultura de masas» (o, mejor dicho, a la producción de la «cultura de masas»), y ambos conceptos funden sus límites en una democratización que a su vez se confunde con la vulgarización. En ambos casos, en el arte y la cultura audiovisual que nos construye, se produce en el espectador (o ciudadano) un cambio en la percepción de las imágenes y los sonidos, que implica a su vez un cambio en la interpretación que va modificando lo que suele llamarse «el sentido común». Realidad y virtualidad se soslayan.

## Espacios escénicos digitales

Mientras por un lado la virtualidad tiene la potencialidad de abrir un campo narrativo distinto, también modifica el imaginario y puede empobrecerlo. «Donde está el peligro está lo que salva», cantaba el poeta romántico, aunque aquí cabría preguntarse si, donde vemos al mesías, se oculta lo que condena. Quizá ambas afirmaciones sirvan para cualquier caso, teniendo en cuenta que un veneno o una flor pueden curar o matar. Sin embargo, para paliar los efectos nocivos (no de los medios, sino del uso que el poder hace de ellos), conocer los nuevos cambios y sus consecuencias, reflexionar sobre la nueva percepción e indagar en cómo está formada nuestra interpretación de la «nueva realidad», puede procurarnos un arma defensiva (este oxímoron tan actual). En esta investigación se defiende que las



La tecnología digital crea nuevas realidades

características de los medios técnicos al alcance marcan las posibilidades y los límites de la creación en cada momento de la historia. Con este punto de partida, se constata que en la actualidad la tecnología digital es la más potente para la creación de imágenes sonoras y visuales y, como tal, es hegemónica en los medios de la cultura de masas y crea el nuevo sentido común del ver y del oír.

Para llegar a este punto, se parte del nacimiento y la historia del cine donde se observa y argumenta que la narración cine-

MATEU CABOT, PAU FRAU I XAVIER CERDÀ

© UNIVERSITAT DE LES ILLES BALEARS, 2009

## Estètica i noves tecnologies

matográfica ha influido en la construcción de la cultura audiovisual y en la aparición de un nuevo espectador. Además, la representación de la realidad en el cine ha sufrido cambios que se han amplificado considerablemente en la era digital y han obligado a las formas artísticas contemporáneas a la reflexión sobre la propia naturaleza de la imagen.

Otro recorrido que demuestra la popularidad de los nuevos descubrimientos es la incorporación de la tecnología digital de la imagen a las artes escénicas, como el teatro o la ópera, algo que tiene como consecuencia, entre otras, la sustitución progresiva del espacio escénico teatral por un espacio escénico digital. Por ello, la tecnología digital del tratamiento de la imagen es uno de los factores clave que explica la renovación de la ópera y su potencial narrativo.

Sin embargo, no son las conclusiones lo que hace interesante a este texto, sino la reflexión que va implícita en todo el proceso de redacción que lleva hasta ellas, reflexión necesaria en este nuevo mundo donde la manipulación del hombre apuesta por el ojo y lo subliminal.

# Para ser moderno, ser antiguo

NADAL SUAU

■ Entre el siglo XVII y el XVIII, Europa — Italia y, en especial, Francia— albergó un intenso debate entre dos grandes facciones que entendían la cultura de forma diferente. El fenómeno fue incluso bautizado: la Querrela entre los Antiguos y los Modernos.

'Las abejas y las arañas', de Marc Fumaroli, nos lo detalla con tanta elegancia como contundencia. Lo primero, porque el erudito francés se ciñe siempre al ensayo histórico, sin una sola referencia actual; lo segundo, porque ni un solo momento podemos obviar que Fumaroli desafía al mundo de hoy. «Unos pretenden adscribir la Europa moderna al genio antiguo. Otros pretenden emanciparse».

Grecia y Roma contra el dogma del Progreso, aquí tenemos el conflicto esencial de la Querrela. Fumaroli, aunque del lado Antiguo, entiende perfectamente las paradojas de la historia, sus matices: los Antiguos acababan generando un movimiento de absoluta modernidad, el Romanticismo; los Modernos vienen de la mano de un tiempo nuevo en que la aristocracia va perdiendo sus privilegios. El pueblo llega al poder, y esto significa, tal vez, menos arbitrariedad y más equidad. Pero, si quieren escuchar una verdad impronunciable, todo esto no siempre le sienta bien a la cultura.



El escritor y académico francés Marc Fumaroli

Según Fumaroli, desde mediados del siglo XVII, «es el público de lectores parisinos quien se erige en tribunal internacional de los libros, en vez del público internacional de los doctos que leen, escriben y publican en latín». Sólo se puede afirmar que es una mejoría desde la ignorancia o desde el descaro que nos proporciona per-

tenecer a ese público «parisino», hoy global gracias a la técnica.

El libro del académico francés es muy sobrio en tanto que estudio histórico. Como lectura, puede resultar menos vibrante que su 'El estado cultural' (Acantilado, 2007), tal vez porque, en apariencia, 'Las abejas y las arañas' toca un tema menos polémico,

MARC FUMAROLI

© ACANTILADO, 2009

## Las abejas y las arañas

menos periodístico; pero la urgencia del tema planteado es la misma.

La crisis actual demuestra qué ocurre cuando una sociedad desprecia la inteligencia y la memoria. Tanta tontería le pasará factura a Occidente y, sobre todo, a este país nuestro de risa, que se creía octava potencia mundial mientras escupía sobre los libros cabalgando el ladrillo a horcajadas. Con Fumaroli entendemos que, si no convertimos a los clásicos en nuestros jueces y modelos, entonces ejercerán esos papeles el Poder (llámese Luis XIV o El Pocerero; la comparación es hortera, pero no es culpa mía, sino del siglo), un pedagogo barbudo, Manolo el del Bombo... o nuestras propias vísceras.

Debemos evitar «el error moderno que consiste en darse por satisfecho con lo poco que se es, para un público que supuestamente con poco se da por satisfecho». Con ese «supuestamente», Fumaroli demuestra su bonhomía.

# La mirada serena de Torres Andiniá

La sala de cultura de Santa Eulària muestra imágenes de los años 50 del fotógrafo ibicenco

## VICENTE VALERO

■ Se diría que hay, al menos, dos Torres Andiniá. Esta es la conclusión a la que se llega si observamos atentamente sus fotografías, ahora expuestas en la sala municipal de cultura de Santa Eulària. Uno que busca la imagen típica o turística, y otro más íntimo, que transmite algo más que cuadros pintorescos, que transmite emociones. Ambos son buenos profesionales, pero el segundo nos llega más por su espontaneidad, por su intencionalidad diferente.

José Torres Andiniá (Eivissa, 1922-1999) creció como fotógrafo a la sombra de Domingo Viñets, uno de los pioneros de la fotografía ibicenco y de la postal turística, para quien trabajó durante décadas. De él aprendió el oficio y también, me parece, esta doble mirada sobre las casas y los paisajes, sobre las personas: la mirada de postal y la mirada intimista. En ambas el arte está presente como una representación de la belleza. Y el tema, único, no es otro que la isla de Eivissa: su «personalidad» expresada a través de su cultura.

Una mirada serena, austera, sin énfasis, a veces, se diría, incluso un poco entristecida, predomina en 'L'Eivissa dels anys 50', una exposición que reúne un conjunto de fotografías de José Torres Andiniá tomadas en los años 50 y que, desde hace unos años, pertenecen a la colección del Museu d'Etnografia d'Eivissa.

Discípulo de Domingo Viñets, sí, pero fotógrafo con carácter y estilo propio, Torres Andiniá ha sido, sin duda, uno de los mejores fotógrafos ibicencos. Destaca por la elección de los encuadres, muchas veces de gran originalidad, como en el caso de la imagen en la que aparece un grupo de mujeres, con una niña, saliendo del Puig de Missa o aquella otra en la que dos mujeres llenan sus cántaros en la plaça de sa Font. En ambas fotografías su autor se las apaña para que el paisaje y la arquitectura sean también protagonistas, no simples escenarios. Pero también destaca por su gran detallismo, ya sea en el juego de sombras entre las figuras y las casas rurales, ya sea en los pequeños objetos aparentemente sin importancia que también están presentes. Es perfeccionista —aunque a veces lo sea a cuenta de espontaneidad— y no concibe el paisaje sin figuras, sin el aliento humano.

La muestra ofrece imágenes de sa Penya y la Marina, de Sant Miquel, de Santa Eulària —centradas en el Puig de Missa—, de Formentera y de ses Salines. Estas últimas destacan también por su naturalidad, por la manera como captan el trabajo de los salineros en el deslumbrante campo de sal y de luz. No son en absoluto inferiores a aquellas otras que tomara en el mismo lugar y por aquellos años Català-Roca, poseen la misma fuerza.

En ocasiones vemos a payeses caminando, a mujeres en calando una casa o en procesión religiosa, como sombras o espectros de otro tiempo. Es un mundo en blanco y negro, de luz y sombras, maravillosamente adaptado a la fotografía de aquellos años.

Nos gusta ver viejas imágenes de Eivissa porque representan un mundo ya desaparecido, porque en ellas vemos «ese algo terrible —según escribió Roland Barthes— que hay en toda fotografía: el retorno de lo muerto».

El tránsito del mundo tradicional ibicenco al mundo moderno fue rápido y traumático, pero es cierto que disponemos de un in-



«Una mirada serena, austera, sin énfasis, a veces, se diría, incluso un poco entristecida...»



«El arte de la fotografía, como comprobamos en esta exposición, nos dice siempre lo que ha sido...»

menso baúl de imágenes, tanto de fotógrafos de fuera como locales, a través de las cuales podemos reconstruir con fidelidad aquel mismo tránsito, aquellos mismos días de perplejidad.

Dice Roland Barthes también, en su libro 'La cámara lúcida', que la fotografía, más

que con la pintura, está emparentada con el teatro —es conocida la relación original del teatro con el culto a los muertos—, «porque la foto es como un teatro primitivo, como un cuadro viviente, la figuración del aspecto inmóvil y pintarrajeado bajo el cual vemos a los muertos».

El arte de la fotografía, como comprobamos en esta exposición de Torres Andiniá, nos dice siempre «lo que ha sido», nos introduce en una representación donde las figuras y las cosas actúan desde su inmovilidad, nos hablan con un lenguaje del que apenas recordamos ya algunos pocos signos.

# En ayuda del buen periodismo

'La sombra del poder' defiende la prensa seria frente a la rumorología de blogs y redes sociales

LUIS M. ALONSO

■ 'La sombra del poder', un vigoroso thriller de Kevin McDonald, bien filmado, fantásticamente escrito e interpretado por estupendos actores, ha venido a poner las cosas en su sitio. Y lo ha hecho justo ahora que se empieza a dudar del papel rector de los medios impresos de comunicación y se augura que Internet acabará con los periódicos, como consecuencia de unos nuevos hábitos entre los lectores y encadenado con la grave crisis económica. En un tono romántico y crepuscular, como ocurre en otros grandes momentos del cine, la película plantea, de fondo, la batalla del buen periodismo de siempre frente a la información basada en el rumor y la frivolidad que destilan los blogs y las redes sociales de Internet, con los que se pretende reemplazar la función vigilante, frente al poder, de las noticias bien testadas y elaboradas.

El filósofo Jürgen Habermas, premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales, ha salido últimamente en defensa de la prensa seria como espina dorsal de la esfera pública en uno de los ensayos del libro '¡Ay, Europa!'. Habermas ha querido dejar constancia, refiriéndose a los periódicos, de que la prensa despliega una fuerza estimuladora y formativa que obliga al sistema político a adaptarse y a ser más transparente. Los titulares en el papel han sido capaces de ejercer el contrapeso frente al poder que otros medios no alcanzan. La historia está llena de ejemplos que así lo corroboran.

«Sin los impulsos procedentes de una prensa que tenga la capacidad de formar opiniones, de informar con fiabilidad y de comentar con escrupulosidad, la esfera pública puede dejar de suministrar ese tipo de energía. Cuando se trata del gas, de la electricidad o del agua, el Estado está obligado a garantizar el abastecimiento de energía para la población ¿No debería estar obligado igualmente a hacerlo cuando lo que está en juego es otro tipo de energía, cuya ausencia provocará perturbaciones que terminarán perjudicando al propio Estado?», se pregunta el pensador alemán.

Esa energía a la que se refiere Habermas es la que defiende a fogonazos 'La sombra del poder', una historia firmada por tres buenos guionistas, con una dirección y un reparto sensacionales, y que el productor Andrew Hauptman logró rescatar de una miniserie de la BBC de seis horas, aclamada en el Reino Unido, 'State of play'. «Los buenos periodistas no tienen amigos, tienen fuentes», dice en un momento de la película Cameron Lynne (Helen Mirren), editora de The Washington Globe, un trasunto del Post y del Globe, de Boston, periódico liberal de izquierdas que precisamente está atravesando sus peores momentos y ha tenido que prescindir de la red de corresponsales en el extranjero. Mirren se refiere a la amistad que une desde la infancia al veterano periodista Cal McAffrey (Russell Crowe) y el ambicioso congresista Stephen Collins (Ben Affleck). The Washington Globe tiene un nuevo dueño y sus ventas han caído en picado, al igual que ocurre con otros medios impresos.

A partir de la extraña muerte de una colaboradora directa de Collins, la editora se encuentra con que necesita imperiosamente publicar los detalles íntimos del escándalo, que afecta supuestamente a la vida personal



Imagen de una escena de la película con Russell Crowe y Ben Affleck

**«La película plantea de fondo la batalla del buen periodismo frente a la información basada en la frivolidad que destilan los blogs y las redes sociales de Internet»**

del congresista, teniendo al mismo tiempo la convicción de que una empresa de seguridad se está beneficiando de contratos relacionados con las guerras que involucran a paramilitares y políticos. Para ello ha metido en danza a Della Frye (Rachel McAdams), una joven periodista que se ocupa de un blog vinculado a la vida social en el entorno de la Casa Blanca y el resto de las instituciones del poder en Washington. Finalmente, Frye, la primera en relacionar unos hechos que aparentemente no guardan relación, acaba trabajando en el reportaje junto a Cal McAffrey (Russell Crowe), un periodista veterano que ha husmeado convenientemente en la trama de corrupción que rodea al caso, y junto a él descubre la verdadera dimensión de la noticia y la importancia que para el lector tiene leerla impresa en el papel en las horas que siguen. «La bendición realista de la mañana», que escribió Hegel.

En un informe reciente donde se analiza el supuesto fin de los periódicos, la revista Foreign Policy reclama esa función vigilante de los medios impresos, acusados por sus

**«Es muy simple: ¿El llamado periodismo ciudadano o los blogs podrían haber sacado a la luz el Watergate, los Papeles del Pentágono o la guerra sucia del GAL?»**

detractores de acomodarse al poder, para recuperar los viejos hábitos de los lectores en un momento en que bajan las cifras de difusión y caen de manera estrepitosa los ingresos por publicidad. «Por eso, los diarios necesitan reinventarse más allá de una reestructuración de su negocio, imprescindible para mantener un periodismo de calidad insustituible ante un periodismo ciudadano sin obligaciones ni capacidad suficiente para dedicar recursos a la búsqueda, el reporterismo y la edición de información relevante de calidad de manera continua y en cualquier situación, de la política a la guerra, pasando por los deportes», recoge la publicación bajo el título '¿Adiós a todo eso?'.

## Auténtico periodismo

Y ¿por qué adiós si hay soluciones? El guión de 'La sombra del poder' incluye, por ejemplo, viejos conflictos del oficio que se resuelven favorablemente. La editora se debate entre lo que le conviene a las buenas prácticas profesionales y al negocio, cosas que no siempre coinciden, cuando, con el

gasto que ello supone, decide retener la publicación a fin de cumplir el objetivo de informar como es debido a los lectores sobre lo que está ocurriendo. Russell Crowe se felicitó por que a los periodistas se les tratase en la película como seres humanos, sobre todo en lo que se refiere a la implicación de su personaje en la noticia que está investigando, lo que en algún momento despierta recelo.

La identificación de los actores con el mensaje se palpa. Helen Mirren, para interpretar su papel, se preparó participando en reuniones de trabajo de la redacción de Los Angeles Times. Rachel McAdams declaró que lo que más le interesaba de la película era la comparación del periodismo de siempre con los sucedáneos de ahora. Ante la presión de la Policía y la supuesta ocultación de unas pruebas, a la joven periodista le surgen dudas sobre si se está actuando correctamente y pregunta algo angustiada a McAffrey: «¿Acabas de infringir la ley?». McAffrey responde: «No, esto es lo que se llama periodismo del bueno».

Della Frye, la periodista bloguera que nunca tiene un bolígrafo a mano, acaba admitiendo frente al veterano Cal McAffrey que la gente quiere leer las verdaderas noticias en los periódicos cuando las investigan y escriben auténticos periodistas. Una buena historia siempre tendrá un alto valor vienen a ratificar los guionistas de 'La sombra del poder'.

Los lectores sólo tienen que hacerse una pregunta para obtener sus propias conclusiones sobre la muerte de los periódicos. Es muy simple: ¿El llamado periodismo ciudadano o los blogs podrían haber sacado a la luz el Watergate, los Papeles del Pentágono o la guerra sucia de los GAL? La respuesta apenas debería arrojar dudas.

# Vertigen

JOSEP MARÍ

Dimarts, 10 de novembre

El jove fotògraf eivissenc Joan Costa va arribar ahir d'Eivissa. Ens ha trucat a l'hotel, a primera hora. Hem esmorzat plegats i, xano-xano, hem anat al port, al lloc d'on surten les barques que fan la volta a l'illa de Manhattan. La primera ja havia partit feia una hora. La següent partia a quarts de dues. Hem pensat que, en comptes de perdre el temps pels voltants, podríem deixar l'excursió per demà al matí i dedicar-nos a córrer pel sud de Manhattan. Agafem el metro, que ens deixa a les Twin Towers.

Vestíbul ampli, lluminós. Una arquitectura sòbria i eficaç. L'ascensor ens porta, d'una tirada, al pis cent vuit. Toni Roca –jo, en això, no el coneixia– té molt vertigen. Diu que se sent tan atret pel buit que li pareix que s'hi llançaria. Jo, segons com, també tinc vertigen, però, si hi ha baranes, ja no pateixo.

Les Twin Towers són l'edifici més alt de Nova York. De planta quadrada les dues torres, són dos prismes esvelts, de façana molt tènue i lleugera. A través dels alts finestrals, podem contemplar Nova York pels quatre cantons, per bé que la ubicació de les torres no és tan idònia com la de l'Empire State. Aquí, la visió potser més interessant és la de la badia, amb l'State Island en primer terme, i els ponts de Brooklyn i Manhattan, també molt a prop.

Encara hem pujat al terrat. Toni Roca, per l'escala mecànica, no les tenia totes. Tanmateix ens hi ha acompanyat. La veritat és que no s'hi sent mica de vertigen. Quedàvem ben emparats del buit. Des del terrat, naturalment, el panorama és més obert i absolut. Tot el paisatge marítim i urbà té una continuïtat sense fragmentacions.

Som devora Wall Street, allà on, semblava, remenen les olives de mig món –o de tot–. Però l'edifici de la borsa no és exactament en aquell carrer tan famós i d'escassa entitat. Es troba en una travessia de Wall Street. Tenim curiositat de visitar la borsa. A l'entrada, ens regalen tres bitllets. En sortir de l'ascensor, els visitants passem per un servei de control rigorós. Després s'arriba a una galeria tota de vidre, des de la qual podeu observar l'agitació dels jugadors al voltant dels nombrosos quiosquets, atapeïts de monitors. De tant en tant se sent una unànime cridòria, segurament senyal d'entusiasme per a uns i de desastre per a d'altres. En realitat no ho sé bé. És la primera vegada que entro en un establiment així. Tot això no deixen de ser suposicions molt personals.

Dins la borsa, no és permès de fer fotos. Però una prohibició tal deu ser irresistible per a un fotògraf professional. Joan Costa, com qui no ho vol fer, dispara la seva sofisticada càmera i posa cara de satisfacció. Joan Costa no abandona per a res els seus estris. Sempre el veureu carregat amb una considerable bossa en sarró i alguna màquina a punt a l'altra espatlla. Veure'l tot el sant dia tan carregat, per una ciutat grossa com Nova York, em produeix una mena de commiseració i



«Si els carrers tinguessin un nom propi, els pobres turistes –i fins i tot la gent de Nova York– aniríem, sovint, ben desorientats» TONI ROCA

**«Jo, segons com, també tinc vertigen, però, si hi ha baranes, ja no pateixo. Les Twin Towers són l'edifici més alt de Nova York. Aquí, la visió potser més interessant és la de la badia»**

**«Va caient la tarda, amb una transparència de colors pastel: ors, rosats, blaus, grisos, molt tènues i entonats. Cap al nord-est, la lluna, enorme, plena, roent»**

d'indecisa solidaritat. Pensant-ho bé, fa més hores de bastaix que de fotògraf. Prou.

Aquests carrers del sud de Manhattan deuen ser els més antics de la ciutat. Encara són de traçat irregular i mogut, bastant estrets, sense cap ordre racional. La resta de Manhattan és d'una racionalitat admirable, com l'eixample de Barcelona. Encara més, gràcies al nomenclàtor dels carrers, alhora rude, inexpressiu i funcional. Si els carrers tinguessin un nom propi, els pobres turistes –i fins i tot la gent de Nova York– aniríem, sovint, ben desorientats.

És hora de dinar, i busquem un restaurant camí del pont de Brooklyn. Sentim una intensa olor de peix d'algun mercat. Mal dinem en un restaurant de poques forquilles. El cambrer, negre, lent, simpàtic i amable.

Sense fer estaries, anem cap al pont. Joan Costa té interès a passar-hi amb llum de dia, fins que vespregi. A mi també m'interessa força. Però ves per on que ens ha costat molt de trobar-ne l'accés per a vianants.

Hem hagut de rodar llargament per una mena de suburbi sordid i brut. Amb tot i això, hem accedit al pont. Per damunt el nivell dels automòbils, hi ha un carril per a ciclistes i un altre per a vianants. De tant en tant, se'ns encreua gent amb shandall

que fa l'exercici de córrer. En qualsevol descuit, un ciclista us pot tirar comeses amunt: passen veloços com un llamp. Tot sovint ens aturem per fer fotos.

Travessar a peu el pont de Brooklyn és com assolir un mite. Sense cap intenció provocativa, faig observar a l'amic Roca quins elements, fet i fet, tan fràgils sustenten el pont. Se'm gira enutjat i em recrimina el comentari, com si l'hagués fet de mala fe. Veig que el seu vertigen no és per fer-hi bromes...

Som a l'altre extrem del pont, a Brooklyn. Baixem per diferents carrers fins a la vora de l'East River. Just al costat, hi ha The River Café. Hi hauríem anat, a la nit, però Joan Costa no té americana. Tanmateix, d'aquí estant, la vista de Manhattan és idèntica.

Va caient la tarda, amb una transparència de colors pastel: ors, rosats, blaus, grisos, molt tènues i entonats. Cap al nord-est, la lluna, enorme, plena, roent. Les fileres de finestres enceses dels gratacels tornen a oferir-nos aquella visió galàctica de diumenge.

Encara unes llepades de claror sobre el ponent, però la ciutat, negra, amb els seus forats de llum. Travessem el pont, de tornada a l'hotel. Toni Roca em fa present un desig insatisfet –potser ja lamentablement impossible– de Marià Villangómez: travessar el pont de Brooklyn.



«La poesía  
le da a la humanidad lo que  
la historia le niega»  
F. Bacon

# Poesía para tiempos de crisis

SANTIAGO MARTÍNEZ-LAGE

■ Decía Bertrand Russell en un conocido ensayo titulado 'Los conocimientos inútiles', que la cultura que cada uno de nosotros vamos acumulando a lo largo de nuestra vida no sólo es buena en sí misma, porque eleva nuestro espíritu, sino que tiene indudables ventajas prácticas como la de servirnos de sedante en momentos de dolor y de multiplicador de felicidad en horas gozosas. Y tiene razón. ¿No cree usted que es una ventaja poder afrontar una injusticia recitando aquella décima de Fray Luis de León que comienza diciendo «Aquí la envidia y la mentira / me tuvieron encerrado...» y concluye con el deseo de no ser «ni envidiado ni envidioso»? ¿No multiplica su placer el que llega a esta época del año y puede declamar con emoción, como lo hizo su autor, Vicente Valero, en la Fundación March, en Madrid, hace un mes: «Para decir por fin la primavera, / para decir la toda enteramente, / por fin y hasta el final...». (Russell recitaría sonetos de Shakespeare que, para el caso, es lo mismo).

Seguro que han leído ustedes varias veces estos días que una de las pocas cosas positivas de la inédita crisis económica que atravesamos puede ser el que nos obligue a reflexionar sobre el frenético consumismo de bienes puramente materiales y nos lleve a apreciar en mayor medida los placeres auténticos, como los del espíritu (sin excluir, naturalmente, los de la carne) que son, además de baratos, profundos y duraderos. Traigo a Russell a colación porque deseo contarles que, por puro azar, he releído estos días dos poemas que evocan sendas crisis económicas: la bien conocida crisis mundial de 1929, y la, exclusivamente española, crisis de 1959.

El primer poema al que me refiero (y a cuya relectura me indujo Ian Gibson con su reciente y fascinante «Lorca y el mundo gay») es la 'Danza de la muerte', incluido en 'Poeta en Nueva York', desde cuya Universidad de Columbia Federico fue testigo del crack bursátil, y lo evoca con surrealistas versos: «Cuando el chino lloraba en el tejado... / y el director del banco observaba el manómetro / que mide cruel el silencio de la moneda, / el mascarón llegaba a Wall Street». Termina el poema con el vaticinio de que «ya la Bolsa será una pirámide de musgo», después de que el mascarón baile «entre huracanes de oro y gemidos de obreros en paro».

También en su 'Oda a Walt Whitman', escrita en la misma fecha e incluida en el mismo libro, muestra sus amenazadoras fauces el desempleo causado por el descalabro económico: «un límite de agujas cercará la memoria / y los ataúdes se llevarán a los que no trabajan», y el poeta interroga al «Nueva York de cieno... ¿Qué voz perfecta dirá las verdades del trigo?». Si los asesores de campaña de Obama hubieran reparado en los últimos versos de esta oda, el candidato demócrata hubiera batido todos los récords electorales, porque dicen así: «Quiero que el aire fuerte de la noche más honda / quite flores y letras del arco donde duermes / y un niño negro anuncie a los blancos del oro / la llegada del reino de la espiga». He aquí otra utilidad de la cultura, no contemplada por Russell en su ensayo, pero ampliamente desarrollada por Umberto Eco y sus seguidores.

El poema de 1959, es de Jaime Gil de Biedma, se titula «Noche triste de Octubre» y está dedicado, qué casualidad, a Juan Marsé, fla-

mante premio Cervantes. Llegué a él también por azar, tras comprar en la feria del libro de ocasión un número suelto y atrasado de la revista Litoral, dedicado al que fue, además de poeta, secretario general de la Compañía de Tabacos de Filipinas.

Con ese inconfundible estilo de quien combinaba la redacción de las actas de consejo de administración y la composición de versos, comienza el poema avisando: «Definitivamente / parece confirmarse que este invierno / que viene, será duro». Y entra de inmediato en materia, para darnos cuenta de que «... el Gobierno, / reunido en consejo de ministros, / no se sabe si estudia a estas horas / el subsidio de paro / o el derecho al despido, / o si sencillamente, aislado en un océano, / se limita a esperar que la tormenta pase / y llegue el día, el día en que, por fin, / las cosas dejen de venir mal dadas».

Si no fuera por el aislamiento en el océano —que no es aplicable a la global crisis actual, por desgracia—, creeríamos que los versos están escritos hoy, y no hace cincuenta años por un poeta, que también expresa, como Lorca, su preocupación por los que se quedan sin trabajo: «Y he pensado en los miles de seres humanos / hombres y mujeres que en este mismo instante / con el primer escalofrío, / han vuelto a preguntarse por sus preocupaciones / por su fatiga anticipada...» Para concluir: «Y el

**«Desde la Universidad de Columbia, Lorca fue testigo del crack bursátil y lo evoca con surrealistas versos: Cuando el chino lloraba en el tejado... / y el director del banco observaba el manómetro / que mide cruel el silencio de la moneda / el mascarón llegaba a Wall Street»**

agua arrastra hacia la mar semillas / incipientes, mezcladas en el barro, / árboles, zapatos cojos, utensilios / abandonados y revuelto todo / con las primeras Letras protestadas». Escrito hace cincuenta años, repito. Para que vean el valor perenne de la poesía.

Por cierto, si pueden en estos momentos de crisis hacer una pequeña inversión —además de placentera— segura y rentable, piensen en la bibliofilia. Y más particularmente en los libros de poesía. Las primeras ediciones de los poetas de la generación del 27 se han revalorizado un 40% en el último año. En la feria del libro de ocasión, instalada estos días en Madrid en el paseo de Recoletos, por una primera edición de 'Sobre los ángeles', de Rafael Alberti, que el año pasado estaba en quinientos euros, este año piden setecientos.

Pero, si, en lugar de invertir, quieren simplemente cultivarse y disfrutar, con ese valor añadido que da la cultura, les recomiendo (por precios muy asequibles hoy, pese a ser también primeras ediciones, o más bien porque lo son) cuatro libros de poemas, recién publicados: 'La noche no tiene paredes' del archiconsagrado Caballero Bonald, 'Un tiempo libre' del jovencísimo Juan Marqués, 'Memoria' de Ben Clark —al que todos ustedes conocen porque es de aquí— y, si me disculpan la debilidad nepótica, 'La coza en el tintero', de Miguel Martínez-Lage.



Firma del alumno.

Federico García Lorca